

# Preludio al Congreso Internacional de Catequesis

## La catequesis en el contexto de la nueva evangelización

Rino Fisichella

Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización

El tema que se encuentra detrás de los dos términos en cuestión – nueva evangelización y catequesis– ha sido tratado ya en varias ocasiones, en sedes prestigiosas y en documentos que han marcado la historia de la catequesis. Por nuestra parte, pretendemos únicamente evidenciar el problema planteado y los eventuales rumbos que podrían surgir en un futuro cercano. Tengo el gusto de colocar estas reflexiones en el escenario de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, porque realmente la exhortación apostólica enfoca esa problemática en el inmediato post-Concilio: «Un medio que no se puede descuidar es la enseñanza catequética. La inteligencia, sobre todo tratándose de niños y adolescentes, necesita aprender mediante una enseñanza religiosa sistemática los datos fundamentales, el contenido vivo de la verdad que Dios ha querido transmitirnos y que la Iglesia ha procurado expresar de manera cada vez más perfecta a lo largo de la historia. A nadie se le ocurrirá poner en duda que esta enseñanza se ha de impartir con el objeto de educar las costumbres, no de estacionarse en un plano meramente intelectual. Con toda seguridad, el esfuerzo de evangelización será grandemente provechoso, a nivel de la enseñanza catequética» (EN 44). Para examinar de forma más directa este texto programático, es oportuno recordar, en primer lugar, el contexto en el cual se desarrolla la reflexión de la exhortación apostólica. El papa, en efecto, determinaba algunas carreras privilegiadas entre las cuales era necesario desempeñar la acción evangelizadora. La atención va dirigida al «cómo» evange-

lizar (EN 40)<sup>1</sup>. El papa Montini colocaba en primer lugar el testimonio como primera señal de toda auténtica obra evangelizadora<sup>2</sup>. En este contexto encontramos la expresión paradigmática: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio» (EN 41). Y añadía, sin embargo, que el anuncio es el factor determinante para que la evangelización tenga eficacia, si bien subrayase de inmediato la importancia de la nueva cultura que se asomaba en el panorama, tomando siempre más espacio, fenómeno del cual hoy podemos comprobar los efectos. El papa hablaba de la «cultura de la imagen», que tomaba el predominio sobre la de la palabra<sup>3</sup>. En este escenario del anuncio, Pablo VI ponía la primacía de la Palabra de Dios, sobre todo en el espacio de la liturgia, y subrayaba como algo esencial el poner la debida atención a la homilía, a fin de que ella pudiera recuperar su plena eficacia pastoral precisamente en vista de la evangelización<sup>4</sup>.

La reconstrucción de este contexto nos permite ver la catequesis insertada en el servicio debido en primer lugar a la Palabra de Dios, la cual es anunciada, como una etapa peculiar de la evangelización. Olvidar ese aspecto sería como falsear la catequesis misma, hacerla no conforme con el plan pastoral de la Iglesia y, por lo tanto, empobrecer el compromiso evangelizador.

Esta dimensión, sin embargo, lleva a determinar además otro aspecto: la primacía de la evangelización con respecto a la catequesis. Puede pa-

1 «Bástenos aquí recordar algunos sistemas de evangelización, que por un motivo u otro, tienen una importancia fundamental» (EN 40).

2 «El primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites» (EN 41).

3 «Sabemos bien que el hombre moderno, hastiado de discursos, se muestra con frecuencia cansado de escuchar y, lo que es peor, inmunizado contra las palabras. Conocemos también las ideas de numerosos psicólogos y sociólogos, que afirman que el hombre moderno ha rebasado la civilización de la palabra, ineficaz e inútil en estos tiempos, para vivir hoy en la civilización de la imagen. Estos hechos deberían ciertamente impulsarnos a utilizar, en la transmisión del mensaje evangélico, los medios modernos puestos a disposición por esta civilización» (EN 42).

4 «En un momento en que la liturgia renovada por el Concilio ha valorizado mucho la "liturgia de la Palabra", sería un error no ver en la homilía un instrumento válido y muy apto para la evangelización. Ciertamente hay que conocer y poner en práctica las exigencias y posibilidades de la homilía para que ésta adquiera toda su eficacia pastoral. Pero sobre todo hay que estar convencido de ello y entregarse a la tarea con amor. Esta predicación, inserida de manera singular en la celebración eucarística, de la que recibe una fuerza y vigor particular, tiene ciertamente un puesto especial en la evangelización, en la medida en que expresa la fe profunda del ministro sagrado que predica y está impregnada de amor» (EN 43).

recer obvio, pero el asunto presenta unas implicaciones que merecen ser consideradas. Ante todo, el hecho de que, modificando la noción básica, también el segundo término de referencia por consiguiente entra en un proceso de transformación. Por lo tanto, pensar que la Iglesia realice un camino de nueva evangelización y que la catequesis permanezca con los mismos rasgos del pasado –aún reciente– es un riesgo que es necesario evitar. La relación que induce a unir «nueva evangelización» y «catequesis», conlleva inevitablemente la exigencia de una renovada interpretación del proceso catequético leído a la luz de la nueva evangelización; por lo tanto, como herramienta al servicio de la comunidad cristiana para ir al encuentro de los creyentes y de todos los que están buscando el sentido de la vida. Los primeros, no deberán subestimar la exigencia de una catequesis expresada y desarrollada en clave misionera, para aclarar la exigencia de recuperar la fuerza del anuncio a todos los que tienen un papel activo en la comunidad cristiana. Para los otros, la catequesis puede convertirse en un medio de «anuncio» –a veces un «primer anuncio»– para entender gradualmente la novedad de la fe y su importancia en la vida. Citando las palabras de papa Francisco: «La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de comunión. Este dinamismo de transformación propio del bautismo nos ayuda a comprender la importancia que tiene hoy el Catecumenado para la nueva evangelización, también en las sociedades de antiguas raíces cristianas, en las cuales cada vez más adultos se acercan al sacramento del bautismo. El Catecumenado es camino de preparación para el bautismo, para la transformación de toda la existencia en Cristo» (LF 42).

La Iglesia siempre evangeliza. Evangelizar no es simplemente una de las tareas que el Señor Jesús le ha confiado, sino la misma naturaleza de la Iglesia. Sin evangelización no hay Iglesia. La radicalidad de esta expresión pone en evidencia la esencia de la cuestión teológica. Desde la misión de evangelizar ha nacido recientemente el llamamiento a una «nueva evangelización»<sup>5</sup> como responsabilidad que la Iglesia está llamada a tomar, en el marco de un clima cultural modificado, lo cual comporta en particular que los países de antigua tradición cristiana hayan sido transformados de manera radical. Se puede observar cómo nuestros contemporáneos hayan entrado ya en una fase de madurez y entonces han logrado su libertad para ser autónomos y responsables en cada condición personal,

---

5 Cf. R. Fisichella, *La nuova evangelizzazione. Una sfida per uscire dall'indifferenza*, Mondadori, Milano 2011.

social y religiosa de su existencia. Esta condición se hace más evidente aún, debido a la complejidad de las relaciones del mundo de hoy a la luz de la globalización y por la rapidez de las informaciones, intercambiadas simultáneamente de un lado al otro del planeta. Las innumerables posibilidades de controlar y modificar la naturaleza, las conquistas diarias de la ciencia y de la técnica, sumadas al pluralismo –de hecho irrefrenable– de las opiniones, lejos de fortalecer el hombre de hoy, le han disminuido en su identidad. Parece una contradicción, pero una vez consciente de su mayoría de edad, el hombre contemporáneo se ve obligado a conectarse con la experiencia de la precariedad. La cantidad de informaciones y nociones en las que está hundido, lo confunden más en la búsqueda de la verdad sobre su propia vida y la planificación de su futuro<sup>6</sup>.

El creyente no es inmune a ese contexto cultural. Lo que de allí se ha seguido está delante de nosotros. La separación de la fe bautismal es evidente, y se expresa en muchas formas: el analfabetismo religioso, extendido también a los creyentes que en su vida profesional ocupan lugares importantes desde el punto de vista cultural; falta de identidad creyente, la cual se expresa en conductas muchas veces netamente contrarias a la fe; indiferencia hacia la participación en la vida de la comunidad, con la consiguiente pérdida del sentido de afiliación a la Iglesia misma; visión relativista de los contenidos de la fe y de la moral, los cuales resultan independientes de la perspectiva de la fe. Todo esto y mucho más ocasiona la crisis de la fe en los bautizados entre un contexto social y cultural que previamente estaba lleno de fe cristiana y que hoy parece disolverse con rapidez creciente. Esta condición es más evidente en los países de antigua tradición cristiana –y, lamentablemente, no solo en aquellos– donde es muy fácil encontrar personas formadas por el cristianismo, gracias a la misma cultura en la que viven, pero que no tienen el valor para tomar la opción de fe. En estos países hay también muchos que ni siquiera son bautizados y muchos otros que, aun bautizados, no sienten la necesidad de confirmar su fe o de recibir el matrimonio cristiano.

Una de las tareas de la nueva evangelización consta en primer lugar en consolidar la fe de los cristianos más cercanos a la comunidad. En efecto, con frecuencia su fe parece convertirse en las brasas del fuego ardiente, que ya no es llama viva capaz de dar apoyo a la existencia. Por diversas razones, se ha convertido en una fe débil, para muchos también insignificante para su vida, y que necesita sin embargo de un renovado aliciente. Por ello, la catequesis está cuestionada directamente, para encontrar métodos y contenidos que le permitan de representar una etapa apropiada en este

---

6 Cf. K. Rahner, *Scienza e fede cristiana*, Nuovi Saggi IX, Roma 1984, 165-169.

movimiento de nueva evangelización emprendido por la Iglesia, con el fin de consultar –ante todo– los cristianos de hoy.

La catequesis, como ustedes saben, marca un eje en la vida de la Iglesia. Si miramos a su desarrollo en la historia, es fácil subrayar cómo, en las distintas etapas históricas, haya tenido un papel fundamental para la transmisión de la fe. Por medio de la catequesis, en efecto, la Iglesia ofrece a los cristianos los frutos derivados de la fe que ha crecido durante los siglos, hacia un conocimiento cada vez más profundo del misterio. Pero, al mismo tiempo, ofrece a los fieles la posibilidad de fortalecer la identidad cristiana, la cual debe tener en cuenta las nuevas conquistas de la cultura y el espíritu de la modernidad para proponer una respuesta que resulte llena de significado. Es difícil observar otras áreas en la vida de la Iglesia donde se pueda, a la vez, averiguar el desarrollo de la doctrina, la praxis pastoral de la comunidad y el avance de cada creyente, como en la catequesis. Ella, en ciertos aspectos, se convierte en una síntesis alrededor de la cual se expresa la vida de la Iglesia. En realidad, la fuerza de la catequesis depende de la profundidad teológica que ayuda a entender los contenidos de la fe y en la motivación que sostiene la vida sacramental, encontrando en la liturgia el espacio más adecuado para que el misterio mismo se revele (mistagogía) y, por último, en ofrecer su valiosa contribución a fin de que el testimonio de la caridad no sea malentendido, sino guardado en el cauce de su amor gratuito que va al encuentro de todos, sin pedir nada en cambio. Reflexionar sobre la catequesis, por lo tanto, significa revisar su relación primaria con la evangelización, para entender el papel que hay que desempeñar en la tarea de fortalecer la fe de los creyentes en este peculiar momento de nuestra historia.

Explicitar la dimensión misionera de la catequesis, sin embargo, no es retórica, sino responsabilidad que afecta a los que de diversas formas han asumido este ministerio en la comunidad. Y ello comporta la atención, nunca reiterada lo suficiente, de la formación de los que están llamados a este servicio: se trata de una formación que no separa los contenidos de la vida, sino más bien los combina con las exigencias propias de cada bautizado en tomar conciencia del compromiso evangelizador. Para todo esto es necesario conocer los contenidos de la fe, de manera proporcionada y progresiva al desarrollo personal, manifestado a través del testimonio de vida. En ese contexto, deberíamos preguntarnos cuánta atención pone la catequesis actual en comunicar la conciencia de la vida nueva que brota del bautismo y que nos hace hijos de Dios en Cristo. Es éste el lugar donde se inserta la exigencia de aclarar lo que es la novedad cristiana. Uno de los temas centrales de la nueva evangelización consta de hecho en hablar sobre la novedad representada por el encuentro con Jesucristo. Pero

el contexto cultural en el que vivimos parece contrarrestar esta dimensión. El cristianismo es considerado de manera ordinaria, como el fruto de una coyuntura histórica más o menos feliz, pero sin capacidad de afectar a la vida de los hombres de nuestro tiempo. De hecho, la cuestión teológica, comprometida en el examen de la novedad del cristianismo, converge en la posibilidad de expresar una antropología capaz de indicar la vida nueva en Cristo como la realización de la búsqueda de significado para el hombre de hoy. La catequesis debería preparar y apoyar este proceso, indicando las razones fundantes del testimonio cristiano. El estilo de vida de los cristianos, sin embargo, es la respuesta a estas preguntas. Pero deberíamos preguntarnos cómo fue posible que un pequeño grupo de personas, en una ciudad multicultural como lo era Antioquia, lograra hacerse reconocer hasta el punto que por primera vez aquellos discípulos fuesen llamados «cristianos» (cf. *Hch* 1, 26), y hoy una realidad de 1.200.000.000 de católicos vivan en el mundo sin suscitar curiosidad o interés por su estilo de vida.

Ello es más urgente aún, si pensamos en los destinatarios de la catequesis, los cuales presentan una gama de perspectivas diversas. En efecto, hay una catequesis de carácter únicamente sacramental, la cual aspira a una educación cristiana básica fundada en los sacramentos de iniciación –con frecuencia reducidos a primera comunión y confirmación– y que parece ocupar todo nuestro compromiso de pastoral. Tenemos modelos de catequesis expresados a través experiencias diversas, que pueden reunirse con el nombre de Catecumenado. Y no faltan también catequesis llamadas «permanentes», porque tienen como finalidad la de llevar a los cristianos a profundizar y consolidar su fe. Como puede observarse, de un lado esta diversificación podría evidenciar una cierta fragmentación, y del otro intenta cumplir con las exigencias mismas de la fe, la cual requiere inteligencia y coherencia constantes.

Tal vez, en lo que se refiere a la dimensión de la nueva evangelización, deberíamos poner una atención muy especial en el momento de la transmisión de la fe. La exigencia misma de nueva evangelización parece surgir del hecho que esta transmisión fue interrumpida, desde la centralidad de la familia. Aclarar las razones de este fenómeno que socava la fe es una tarea que no podemos retrasar. De esta manera, en efecto, sería posible individuar cuál sea la respuesta positiva que la Iglesia quiere emprender para dar forma y relevancia a la pastoral, y en particular a la catequesis. Sabemos que sobre todo en Europa y en Norteamérica muchos se acercan a la fe por primera vez cuando ya son adultos. La experiencia de estos años es muy rica, fructífera y lleva resultados positivos que merecen ser analizados para comprender la complejidad del fenómeno. Es cierto, sin embargo, que para muchos de ellos el cristianismo llega como «primer anuncio»,

recibido según las diversas circunstancias de vida. Todos nosotros deberíamos comprometernos para que este anuncio llegue a ser expresión de la conducta de la entera comunidad cristiana, la cual ha entendido la necesidad de recuperar con valentía el espíritu misionero abandonado en las últimas décadas, con repercusiones muy negativas. Ciertamente, este momento no es todavía catequesis, pero puede consolidarse con el fin de estructurarse luego en un camino catequético que presente el misterio de Cristo no tanto de manera fragmentaria sino en la forma sistemática que es propia del método de comunicación de la fe. La crisis actual de la fe que afecta sobre todo el occidente, es decir, una multitud de cristianos bautizados, los cuales, sin repudiar su fe, viven siempre más ajenos al Evangelio y a la comunidad, exige que se emprendan nuevos caminos para que el acontecimiento de Pentecostés no sea infructuoso.

Si la comunidad se hace cargo de este «primer anuncio», ello quiere decir que la misma comunidad debería ser capaz de trazar también la ruta sucesiva de un catecúmeno, para que nadie se quede a la merced de sí mismo, una vez recuperado el valor de la fe. De esta forma, sería posible «profundizar, consolidar, alimentar, hacer cada vez más madura la fe» (EN 54). Esto sería un momento de gracia muy especial para los adultos, porque los llevaría poco a poco a la opción de la fe, no como acontecimiento emotivo, sino como un compromiso que tiene todos los rasgos de una opción libre y auténtica, asumida conscientemente para confiar en el Señor. Presentar la radicalidad de la fe cristiana: una vida nueva realmente ofrecida mediante el bautismo, no es algo que pueda generar miedo. Y, antes de expresar lo referente a los mandamientos y las Bienaventuranzas, es importante adelantar la conciencia de la vida de gracia que se da. El don de la vida de Dios es el amor que se hace visible y llega a ser compromiso para conformar la propia vida a Cristo.

Esto debería ser uno de los objetivos perseguidos por la catequesis. La vida bautismal como expresión del discipulado es la vida nueva de quien renuncia al pecado, es decir vive su propia existencia lejos del ejemplo de este mundo, para vivir como discípulo en la comunidad de los discípulos. Es evidente entonces, que la conversión frente al don de una vida nueva –el amor de Dios– permite conectar nuevamente evangelización y catequesis. El camino de madurez en la fe es un camino de evangelización para descubrir la novedad de la fe y así averiguar su riqueza.

Aquí está expresado en todo su sentido existencial el valor de la Palabra de Dios como el origen de nuestra vida de creyentes. Una Palabra leída y vivida en la Iglesia, la cual permite a cada creyente su transmisión fiel y viva. Nos lo recuerda con énfasis el Vaticano II cuando afirma: «La Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de



la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios... De esta forma, Dios, que habló en otro tiempo, habla sin interrupción con la Esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente» (DV 8).

En este proceso de transmisión, la catequesis ciertamente desempeña un papel fundamental. La comunidad cristiana, que desde hace 2.000 años se pregunta sobre cómo responder con fidelidad al mandamiento del Señor de ir por todo el mundo y proclamar el Evangelio, haciendo discípulos a los que crean (cf. Mt 28, 19), encuentra en el proceso de la catequesis una etapa muy significativa para su esfuerzo en renovarse e individualizar las formas más adecuadas para que el Evangelio siempre se perciba como Palabra de Dios que salva. Aquí la exigencia de nueva evangelización llama a la puerta de nuestras comunidades para pedir que no sigamos atrincherados en actitudes asumidas y que muchas veces se han convertido en un anacronismo o han perdido su influencia, sino que nos hagamos cargo de un nuevo modelo de transmisión y comunicación de la fe. No por un deseo de novedad, sino por el primado de la novedad cristiana que no puede ser mortificada por nuestra pereza. La novedad cristiana es acción del Espíritu; es gracia que fortalece «las vacilantes rodillas» (Is 35, 3), es «potencia de lo alto» (Lc 24, 49), es «fuerza que transforma» (*Pastore d'Erma*, Pr. 11, XLIII 20-21). En esta tarea, los Obispos son los primeros llamados a comprender la apuesta. No es casualidad si el Concilio quiso indicar la renovación de la catequesis expresamente en el decreto sobre la misión pastoral del Obispo: «Expliquen la doctrina cristiana con métodos acomodados a las necesidades de los tiempos, es decir, que respondan a las dificultades y problemas que más preocupan y angustian a los hombres; defiendan también esta doctrina enseñando a los fieles a defenderla y propagarla... Esfuércense en aprovechar la variedad de medios que hay en estos tiempos para anunciar la doctrina cristiana, sobre todo la predicación y la formación catequética, que ocupa siempre el primer lugar... Vigilen atentamente que se dé con todo cuidado a los niños, adolescentes, jóvenes e incluso a los adultos la instrucción catequética, que tiende a que la fe, ilustrada por la doctrina, se haga viva, explícita y activa en los hombres y que se enseñe con el orden debido y método conveniente, no solo con respecto a la materia que se explica, sino también a la índole, facultades, edad y condiciones de vida de los oyentes, y que esta instrucción se fundamente en la Sagrada Escritura, Tradición, Liturgia, Magisterio y vida de la Iglesia. Procuren, además, que los catequistas se preparen debidamente para la enseñanza, de suerte que conozcan totalmente la doctrina de la Iglesia» (CD 13-14).



Como se ve, según el idioma del momento, el Vaticano II señala los elementos esenciales que sintetizan nueva evangelización y catequesis. El hecho adquiere también una especial relevancia metodológica. Para presentar una catequesis que sea vinculada a un proceso de nueva evangelización, en primer lugar se consultan los Obispos, para que con su ministerio puedan subrayar las necesidades más urgentes para la pastoral en su Iglesia particular. Tarea peculiar de nuestro ministerio episcopal, en efecto, es cultivar la Palabra de Dios entre la gente, de modo que la sabiduría de las Escrituras en la constante tradición de la Iglesia se haga patrimonio de fe, caridad y esperanza de los fieles.

Desde los primeros siglos de nuestra historia, los Obispos han sido protagonistas de la catequesis. Las indicaciones de San Agustín en el *De catechizandis rudibus*, las *Catequesis* de Cirilo de Jerusalén, como la *Oratio catechetica magna* de Gregorio de Nisa, la *Explanatio symboli* de Ambrosio y las *Catequesis bautismales* de Juan Crisóstomo, sin olvidar las *Homilias catequísticas* de Teodoro de Mopsuestia, o los textos catequísticos de Pedro Canisio, de Roberto Bellarmino y Juan de Ávila, para señalar unos ejemplos más conocidos, destacan el compromiso común en Oriente y Occidente acerca de la catequesis. Si además se añade el hecho de que el Papa cada miércoles de la semana tiene su catequesis para millares de personas, entonces sería oportuno preguntarse si ha llegado el momento en el que cada obispo en su propia catedral retome su función de primer catequista, para comunicar el patrimonio de sabiduría y de espiritualidad que enriquece y fortalece la fe. Así sería un ejemplo concreto para un compromiso de nueva evangelización que se hace anuncio y catequesis para restablecer coraje en tantos sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, laicos y laicas que sin cesar ofrecen cada día su libre, generosa y certera contribución para la catequesis.

Afirmaba Pablo VI con tanta previsión y fuerza profética: «El mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda» (EN 76). Abrir el corazón y la mente de nuestros contemporáneos para que puedan descubrir la importancia de Dios en su propia vida y creer en Jesucristo. Esto es el objetivo de la nueva evangelización

y, desde luego, el contenido primario de la catequesis. Y será posible si hombres y mujeres que asumen la responsabilidad de ser evangelizadores y catequistas lograrán ser testigos del encuentro con Cristo. Hacer arder el corazón por su amor e iluminar la mente por su palabra; de esta forma, el camino hacia nuestros contemporáneos será de nuevo accesible y más fácil. Para que esto se realice, es imprescindible redescubrir el primado del testimonio, allá donde el primado no es expresado por las palabras, sino por la vida. Es importante, por lo tanto, que cada día sea marcado por nuestro deseo de ratificar la fe con una renovada opción de amor confiado en el Señor Resucitado.